

Capítulo III

CRISIS DE LA TEORIA

El efecto Comuna

Se ha visto el modo en que la trama de la Comuna se conecta con una secuencia de fabricaciones en el pensamiento leninista.¹ Para comprender el proceso de formación de las tesis de Lenin será útil analizar el universo de discurso en el cual se constituyeron los términos de la polémica y el horizonte de ideas que debieron traspasar.

No podemos dejar de preguntarnos sobre ese prolongado período —más de treinta años— que media entre la Comuna de París y la primera revolución rusa: ese lapso ¿Fue un interregno del pensamiento revolucionario al mismo tiempo que de la revolución? ¿Por qué vías y a través de qué formas se desarrolló el saber revolucionario?

Si hasta aquí se intentó mostrar el rol productivo de la Comuna en la formación de la teoría revolucionaria, ahora se tratará de integrar el análisis a su función negativa: **un efecto que se ejerció en la construcción teórica desde la década de 1870 hasta principios del siglo XX.**

En primer lugar, hay que decir que el carácter de obstáculo no se establece como pura negatividad. Como consecuencia de la Comuna no se instaura un vacío o silencio en el conocimiento y, aún menos, una parálisis política.

El efecto Comuna parece ser más bien el de trazar determinados límites, el de obturar ciertas direcciones del desarrollo teórico y práctico, el de modificar la jerarquía teórica de los conceptos, el de imponer un cambio en las imágenes dominantes bajo las cuales se representaba la lucha de clases y su consecuencia histórica, la revolución proletaria.

Pero, estas orientaciones se verifican como un **lento** proceso durante el cual ocurren diversos fenómenos. **Ciertos aspectos de la realidad permanecen oscurecidos porque no son problematizados. Al mismo tiempo, surgen áreas de problemas erróneamente planteados, que se proponen con ejes polémicos y que basan falsamente toda la discusión. También aparecen hipótesis teóricas nuevas aunque conflictivas con aspectos centrales de la teoría preexistente así como conceptos cuyo significado va deslizándose hasta convertirse en algo muy diferente.**

¹ En el primer momento (1905) la relación con la Comuna se constituye alrededor de la noción de guerra civil a través de su carácter necesario en el curso de la revolución burguesa (lucha interburguesa en el interior de una sociedad) y de la posibilidad de la victoria. Este problema se vincula al desarrollo de una teoría de las alianzas de clase revolucionarias y a la teoría del partido proletario.

En el segundo momento (1914) la tesis del carácter necesario de la guerra civil adquiere precisión y se especifica: sus condiciones se conciben en relación a la guerra imperialista (lucha interburguesa entre distintos estados capitalistas imperialistas). En este momento la cuestión de la victoria se elabora con referencia a la teoría del ejército revolucionario.

Se señaló además que ese planteo y esas soluciones no se desarrollaron sino a través de un proceso de enfrentamiento y polémicas en el interior del movimiento obrero y socialista.

Cuando estas transformaciones lleguen a su fin, quedará claramente definido su sentido: como resultado directo de la Comuna, la formación de dos revisionismos del marxismos, uno de derecha —el oportunismo de reformista— y otro de izquierda —el sindicalismo revolucionario— que decaerá y tenderá a ser absorbido por el primero. Cuando este reformismo oportunista, luego de atravesar sus fases de “estado de ánimo”, “tendencia” y finalmente “sectores o grupos”² se consolide como teoría dominante del movimiento socialista y obrero europeo, hacia 1900, se habrán creado las bases para el chovinismo,³ es decir la colaboración política de guerra imperialista del capital financiero.

Pero, como resultado inmediato, la acción comunera generó un **nuevo desarrollo del pensamiento revolucionario**, expresado fundamentalmente por Lenin, capaz de dar respuesta a las condiciones creadas por la dominación del capital financiero.

Será útil, por consiguiente, una rápida descripción de las orientaciones teóricas y prácticas asumidas por el movimiento obrero y socialista, en el período posterior a la comuna y de sus probables conexiones con este acontecimiento.

La guerra como metáfora

En parte como resultado de la derrota de la Comuna y como consecuencia de que no se desarrollan nuevos procesos revolucionarios, la Asociación Internacional de Trabajadores entra en crisis y se disuelve. Habrá de transcurrir más de una década antes de que comiencen a gestarse las bases para la formación de la II Internacional. En estos tres primeros años la discusión revolucionaria se centra en el carácter de las instituciones estatales burguesas y de su antagonista, la forma de organización proletaria.

La polémica acerca de la “autoridad”, que escinde a marxistas de anarquistas, no es ajena a la experiencia comunera, que había mostrado a los revolucionarios fragmentados en la multitud de fracciones y tendencias. A medida que en Alemania va formándose una “máquina” política socialista y que, en Francia, el movimiento revolucionario desmantelado en 1871, se recupera, esta temática se va tornando menos central. Pero, la discusión subsistirá, traduciendo en la polémica respecto de las tácticas, de los instrumentos revolucionarios.

La noción de “lucha de clases” había favorecido la concepción de imágenes de **combate**, de enfrentamientos bélicos como expresión de la revolución y estas imágenes se habían correspondido bien con la forma asumida por las sucesivas experiencias revolucionarias de la burguesía y el proletariado. Sin embargo, la comuna, primera práctica de guerra por parte del proletariado, ejerció un efecto inverso. En el discurso vigente en el movimiento obrero y socialista, **la guerra, y en general, los instrumentos y conceptos relacionados con el enfrentamiento armado se convirtieron en metáforas.**

² “El carácter relativamente ‘pacífico’ del período comprendido entre 1871 y 1914 alimentó el oportunismo, primero como **estado de ánimo**, luego como **tendencia**, y por último como **grupo o sector** de la burocracia obrera y compañeros de ruta pequeñoburgueses.” “**El oportunismo y la bancarrota de la II internacional**”.

³ “El social chovinismo es el oportunismo acabado. Esto es indiscutible. La alianza con la burguesía era una alianza ideológica, tácita; ahora es abierta, brutal.” “**El oportunismo y la bancarrota de la II internacional**”.

“El arma del sufragio universal”,⁴ “el arma de la huelga general” fueron las imágenes del instrumental de la lucha de clases que comenzaron a dominar la conciencia proletaria, aunque con distinto énfasis o combinaciones de una u otra “arma”, según fueran las condiciones y tradiciones políticas de cada sociedad europea.

En su forma clásica la experiencia y la teoría fundadas alrededor de este instrumental se desarrollaron en el partido socialdemócrata alemán y en el sindicalismo revolucionario francés, desde donde expandieron su influencia sobre los demás movimientos.

Así, la actividad política de la socialdemocracia alemana se centro en la lucha electoral y parlamentaria —que no excluía sino que subordinaba la organización de sindicatos y cooperativas— en función de la formación de un amplio “ejército” de votantes socialistas, formado por el proletariado y las capas medias urbanas y rurales.

Por otra parte, en Francia, a partir de una fuerte estructura sindical que es legalizada por el régimen, se forma una importante corriente que rechaza toda actividad política parlamentaria e incluso la relación orgánica con partidos políticos socialistas. Programáticamente, las organizaciones sindicales debían encauzar la acción obrera tanto en función de sus objetivos inmediatos como de las metas revolucionarias, a través de huelgas que en determinado momento se convertirían en huelga general, provocando el derrumbe de la clase dominante.

Instrumentos–fetiche

Un rasgo fundamental de las teorías vigentes es la **aceptación o rechazo de esto instrumentos se constituyó en una cuestión doctrinaria central y excluyente** hasta el punto que su utilización y los límites de la instrumentalización figuraban como obligatorios en los programas de los movimientos y partidos obreros junto a las metas postuladas. Los medios de lucha eran parcializados y sustantivados. Se los separa del contexto social total y de sus significados dentro de ese complejo. En vez de atributos, adjetivos, capacidades de una fracción o una fuerza social, se los considera esenciales, sustantivos. Se comienza a atribuir a las formas de lucha un poder intrínseco, a la manera de un fetiche cuya actuación parece independiente de quienes lo manipulan. Este fenómeno se observa tanto en la acción como en las imágenes teóricas programáticas.

Asumida como cuestión de principios y de acuerdo a las tesis que cada partido o grupo sindical sostenía, la huelga podía ser considerada como un medio para la obtención de derechos políticos —el sufragio universal, por ejemplo— como un instrumento en pos de mejoras económicas, como etapa preparatoria para su generalización a todas las capas obreras que produciría la caída del sistema capitalista o bien simplemente rechazada por estimarse que desencadenaría la represión y dificultaría las tareas electorales y parlamentarias.

Algo similar ocurría respecto del sufragio: podía ser también directamente rechazado o bien concebido como un instrumento de reformas o como medio para la obtención de una mayoría tal que significara el paso al sistema socialista, ya fuera que la

⁴ Federico Engels: **Prólogo de 1895 a “La lucha de clases en Francia”**.

clase dominante entregara voluntariamente el poder o se sucediera una lucha cuyas características no se analizaban y cuya fecha se postergaba hasta la obtención de aquella mayoría.

En el terreno de la acción parlamentaria se discrepaba también en cuanto a legitimidad de alianzas con partidos no proletarios y la participación en los ministerios burgueses.

Estos instrumentos de la acción obrera, que alcanzaron en las últimas décadas del siglo XX un lugar teórico y práctica central, no eran sin embargo nuevos: la práctica electoral de los obreros franceses databa de 1848 y precisamente a causa de la experiencia bonapartista y republicana sufrió un descrédito que creó las condiciones para el surgimiento del sindicalismo revolucionario. En cuanto a la idea de la huelga general, había comenzado a surgir en Inglaterra con el cartismo en la década de 1830 y más tarde había sido instrumentada en función de la obtención de la jornada de ocho horas.

Junto a estos instrumentos que se desarrollan con posterioridad a la Comuna aparece otro medio cuya importancia, cualitativa y cuantitativamente diferente, representó el inicio de formas de acción radicalmente nuevas.

Se trata de acciones de propaganda armada o “propaganda por medio de la acción” ejercidas por los grupos e incluso militantes aislados de algunas tendencias anarquistas y del populismo ruso (*narodniks*) cuyas tradiciones revolucionarias se virtieron más tarde en el partido socialrevolucionario ruso.

La ejecución ejemplificadora de figuras políticas del régimen zarista (nobles, funcionarios, militares y policías) que habían intervenido u ordenado acciones represivas había comenzado en Rusia poco antes de la Comuna y posteriormente estos métodos se difunden por toda Europa, alcanzando su punto culminante en las dos últimas décadas del siglo.

Su repercusión llegó a ser tan importante que en 1898, además de una rigurosa legislación antianarquista dictada en el país, se reúne en Roma una Conferencia Internacional de Gobiernos cuyo objetivo es concentrar medios para la supresión del anarquismo.

El método de la propaganda armada —que fue muy criticado por los partidos socialistas pero algunas de cuyas acciones obtuvieron amplio apoyo obrero— buscaba legitimar formas de lucha armada, inducir a acciones por fuera del sistema institucional, señalar de un modo ejemplar a los enemigos políticos y demostrar su vulnerabilidad. Sin embargo, pese a su radicalidad práctica, estas acciones se insertaban en teorías utópicas del socialismo y eran, en algunos sentidos, coincidentes con el sindicalismo, revolucionario, por ejemplo respecto a la abstención electoral y la negativa a realizar alianzas políticas.

Sus mayores éxitos fueron obtenidos en Rusia donde la eliminación de altos dignatarios de la autocracia logró apoyo popular, incluso en sectores de la burguesía. El arraigo de este tipo de acciones en la tradición revolucionaria rusa lo hizo persistir hasta más allá de la revolución de 1905, momento en el cual hasta secciones del partido socialdemócrata se dedican a la ejecución de verdugos y a la expropiación revolucionaria de fondos.

Aún cuando este método —como cualquier otro— carece de entidad propia y su significado depende del sujeto social que lo manipule y del conjunto instrumental dentro del cual opera, el hecho de su formación histórica en Rusia, con la consiguiente experiencia y la permeabilidad de cuadros y masas respecto del enfrentamiento armado,

puede ser considerado como una de las condiciones de la gestación y realización de las teorías leninistas.

Ciudadanización: medio o fin

De tal modo, en las diversas sociedades europeas, como resultado inmediato de la experiencia comunera y sobre la base de la revolución económica el capitalismo que había entrado en su fase imperialista, **se reorientan las expresiones de la lucha de clases y se incorpora una creciente y ampliada capacidad de manipulación de instrumentos de lucha al “arsenal” proletario.**

Pero si esto es exacto considerando la experiencia proletaria como una totalidad abstracta, no lo es cuando se analiza el proceso concreto en el cual los distintos instrumentos fueron incorporándose históricamente a la práctica de distintas porciones del proletariado.

Las grandes discusiones que dividían teóricamente al movimiento obrero y socialista giraban, en gran medida, alrededor de los instrumentos de la actividad revolucionaria del proletariado. En función de las posiciones adoptadas respecto de estos temas, de sus éxitos y fracasos prácticos, se sucedía una reestructuración permanente de formas organizativas y una recomposición de fracciones políticas.

Por último —y este es el punto decisivo— en la medida en que se lograban algunos éxitos parciales como la obtención de mejoras en las condiciones de vida o la legalización de ciertos derechos políticos, comienza también a emerger una nueva polémica respecto a los fines de la acción proletaria.

El **cuestionamiento de los fines proletarios** fue un proceso cuyo sentido estaba implícito en el carácter social de la manipulación de los instrumentos de enfrentamiento que predominaron en el período.

La instrumentación unilateral del sufragio o la huelga presentaba límites intrínsecos: sólo parte de los obreros eran admitidos al ejercicio del sufragio, ya que no participaban de él las mujeres ni los jóvenes ni los extranjeros y existían, por otra parte, numerosas limitaciones establecidas por las formas jurídicas de representación que dificultaban o imposibilitaban su extensión a la totalidad de los oprimidos.

De un modo similar, sólo los asalariados y entre ellos exclusivamente los ocupados y dentro de éstos, ciertas categorías, estaban en condiciones de ejercer huelgas. Este instrumento no estaba a disposición, por ejemplo, de los semiproletarios, ni de los obreros rurales o los de pequeñas empresas y administración de estado, etcétera.

La manipulación aislada y sustantivada de estos medios de lucha no podía dejar de ejercer efectos ideológicos contrapuestos con los objetivos revolucionarios. Por una parte, surgía de aquellas imágenes que presentan una forma parcial de las relaciones sociales y mistifican la figura del estado. Por otra, el empeño **excluyente** de uno u otro medio **acentuaba la fragmentación social de la clase obrera, la aislaba de sus aliados populares, a la vez que significaba un reconocimiento parcial de las relaciones sociales que forman al proletariado, una visión mutilada de la lucha de clases que atraviesa la totalidad social.**

El ejercicio de cada uno de estos medios de lucha —que dada la naturaleza particularizada eran absorbibles o aislables por la institucionalidad burguesa— implicaba la posibilidad de legitimación creciente de aquella parcialidad. En esa medida, **comenzaron a ser pensados no como medios de lucha sino como metas de lucha**. En la conciencia de amplios sectores obreros, la **ciudadanización se convertía en la meta primordial**, a la que se subordinaban los objetivos revolucionarios de la lucha de clases. La revolución se tornaba un punto de llegada casi mitológico, sin consecuencias prácticas.

En forma cada vez más extendida, la noción de revolución como combate de clases decisivo pierde jerarquía en la conciencia de los cuadros obreros y socialistas. Comenzaban a predominar la idea de un tránsito gradual de reformas sociales y políticas.

Este proceso de ciudadanización mostrará significado en 1914: a través suyo el capital financiero había logrado la hegemonía en las sociedades capitalistas más desarrolladas.

Es verdad que durante las revoluciones burguesas del siglo XIX los obreros ingresaban a la revolución en tanto potenciales ciudadanos, pero en esos casos la finalidad política institucional perseguida —la república— era un objetivo directamente revolucionario y el triunfo de la revolución política que daba el poder a la burguesía ubicaba a los obreros como protagonistas y verdaderos responsables del triunfo; su realización como ciudadanos era una conquista revolucionaria que a la vez iniciaba la crisis de la “ciudadanía” ya que los intereses dominantes en la república burguesa recién instaurada mostraban la necesidad de la segunda revolución, de carácter social, e imponían, el objetivo de la “república social”. Pero, la situación era diferente en los países donde la revolución burguesa iba siendo o ya había sido realizada.

El proceso de transformación de los medios de la lucha parlamentaria y sindical en metas de acción proletaria fue una tendencia que se hizo explícita en las corrientes revisionistas, quienes las convirtieron en núcleo de su teoría política. Sin embargo aún entre las fracciones socialistas que programáticamente enunciaban la noción de “revolución”, la imagen de “combate decisivo”, se desdibuja cuando no es omitida directamente.

Esta concepción era común no sólo a los socialistas sino también a los sindicalistas revolucionarios y a los anarquistas. ¿Qué sucedería cuando se obtuviera la supuesta mayoría parlamentaria? ¿Y cuando estallará la huelga general?

La respuesta optimista suponía que el régimen efectivamente permitiría primero avanzar hasta estas situaciones, para luego derrumbarse, bajo la presión de los acontecimientos. Por lo tanto, la cuestión no necesitaba ser problematizada.

Los más realistas imaginaban que, frente a la resistencia del régimen, sobrevendría alguna forma de insurrección, pero la percepción que tenían de las condiciones preparatorias para el triunfo eran tan sesgadas y parciales como la instrumentación de los medios de lucha propuestos.

Así, los parlamentaristas, que se proponían lograr una amplia influencia social que abarcara sectores populares no proletarios, no se preparaban teórica ni prácticamente para enfrentamientos de carácter armado mientras que los sindicalistas revolucionarios, que hacían de ciertas formas de acción violenta un punto esencial de su agitación y propaganda, se limitaban a la actividad sindical, rechazando la acción política y la vinculación con sectores no obreros.

La fragilidad de estas políticas se manifestó tanto en Alemania como en Francia:

en Alemania cuando a raíz de los éxitos electorales socialistas de Sajonia, el gobierno imperial simplemente disolvió la cámara y restituyó el antiguo sistema electoral según el cual se tornaba imposible una mayoría socialista. En Francia, con el fracaso de los intentos de huelga general revolucionaria, anulada mediante unas cuantas medidas gubernamentales.

Paulatinamente, las distintas tendencias fueron ganadas para la acción de lucha dentro del marco del sistema institucional, si bien la **orientación chovinista** que estaba implícita en ellas se reveló clara y completamente en 1914, **cuando casi todos los partidos socialistas y organizaciones obreras de la Internacional se alinearon masivamente junto a los gobiernos y a la burguesía de cada país, en la guerra imperialista.**

En síntesis, **el desarrollo teórico y práctico del movimiento obrero y socialista, en el período posterior a la Comuna, aparece como una especie de laboratorio en el cual cada grupo o tendencia experimenta y desarrolla instrumentos parciales de acción.**

Derrota y obstrucción del conocimiento

En perspectiva teórica, este proceso incrementa y enriquece la capacidad instrumental de lucha del proletariado pero, como efecto inmediato en el plano teórico, el ser concebidos los instrumentos de manera unilateral, generalizados doctrinariamente, aislados del concepto de “combate decisivo” así como de una concepción global de la lucha de clases, refuerzan la obstrucción que sólo comenzará a ser resuelta a principios del siglo XX.

Entre los marxistas, la imagen de la derrota de la Comuna juega un papel de importancia en esta obstrucción. El crecimiento partidario, sindical y electoral de la socialdemocracia alemana pasó a ser considerada la experiencia sustancial y, a la vez, el ejemplo simétrico y opuesto a la Comuna: “Sólo hay un medio para poder contener momentáneamente al crecimiento constante del ejército socialista en Alemania, incluso para llevarlo a un retroceso pasajero: un choque en gran escala con las tropas, una sangría como la de 1871 en París”.⁵

Podría pensarse que si el resultado “catastrófico” pudo ejercer un efecto de obstrucción fue porque algunos de los rasgos originales no llegaron a ser pensados. Se produjo una especie de **trauma epistemológico**: no se logró una reestructuración de la teoría de la revolución proletaria en las nuevas condiciones histórico-sociales.

Se señaló en el capítulo anterior que hasta 1871 la teoría revolucionaria concebía a la revolución proletaria inscripta en el proceso de la revolución democrático burguesa contra el antiguo régimen. Así lo habían demostrado todas las experiencias históricas: al dislocar las instituciones vigentes y legitimar el armamento popular y proletario, la burguesía republicana abría al paso al proletariado, creando condiciones para su revolución.

De acuerdo al modelo del período siguiente, 1871 al 1900, **ya no son tres fuerzas sino dos las que determinan el proceso. No se cuenta** con una clara teoría de la crisis. Ha

⁵ Idem.

dejado de aparecer que la creación de una coyuntura revolucionaria depende de la crisis de la dominación en virtud de la lucha interburguesa. La oportunidad revolucionaria, en los casos en que se formula explícitamente, dependen de un enfrentamiento entre el pueblo y gobierno en el ámbito de las instituciones políticas del régimen (como en el modelo alemán) o bien entre el proletariado y burguesía en el ámbito corporativo (como en el modelo francés). **Modelos binarios de enfrentamiento**, en los que la derrota de la burguesía deviene de un crecimiento gradual de la fuerza electoral socialista o bien del colapso súbito consecuente a la huelga general. La dimensión político-militar del enfrentamiento social, claramente legible en el modelo clásico de 1848–50, no solamente no se desarrolló sino que fue eclipsado.

La base histórica de esta modificación en el modelo de las fuerzas y espacios de la lucha revolucionaria era diferente en las distintas sociedades europeas. En Francia, la derrota de la Comuna representa el establecimiento definitivo e la dominación política burguesa bajo su forma republicana: la revolución burguesa ya había sido realizada.

En Alemania, y de manera análoga en Gran Bretaña, la revolución burguesa no dejaba de realizarse —según la ironía de Engels “al compás de su melodía favorita: avanzando siempre, lentamente”— pero no como acto de autonomía burguesa respecto del antiguo régimen sino “desde arriba”: a partir de las revoluciones de fines de los años 40, la burguesía alemana se había declarado impotente, pactando con la monarquía prusiana que año tras año procedía a realizar las tareas nacional-burguesas. No era, por tanto, imaginable una revolución proletaria encabalgada en el proceso de revolución burguesa.

Sólo en Rusia, donde la autocracia zarista se mantenía inflexible, pese a que el capitalismo se desarrollaba a un ritmo creciente, quedaban por realizar tareas burguesas sin que ellas fueran asumidas “desde arriba” por el régimen.

La experiencia de las revoluciones había ilustrado a las burguesías europeas: si en Alemania optó por pactar con la monarquía, no era tanto a causa del temor al proletariado alemán como debido al ejemplo dado por el proletariado francés; a su vez, tanto la autocracia zarista como la burguesía rusa miraban hacia Alemania, la primera observando los avances inexorables de la burguesía, la segunda ansiando el establecimiento de una monarquía constitucional.

En Rusia, se presentaban condiciones diferentes a las del resto de Europa: una burguesía no republicana, como en Francia, sino monárquica-constitucionalista, como en Alemania, pero que se enfrentaba a un zarismo resistente y no permeable a las tareas burguesas.

La situación planteada en Rusia se refleja teóricamente en las tesis leninianas de 1905 pero, a la vez, precisamente esta posición de las fuerzas es la que es la que crea condiciones para que Lenin pueda adoptar las tesis clásicas marxistas y adaptarlas a las condiciones rusas.

Nuevo modelo de fuerzas

Empero, quedaba sin solución el problema del resto de las sociedades europeas donde las tareas burguesas no tenían carácter revolucionario. El modelo leninista de 1905 para Rusia no se podía generalizar. ¿Cuál sería el desencadenante de la crisis de dominación allí

donde la burguesía ya había logrado su unidad convirtiéndose en clase dirigente?

Hacia 1900, Rosa Luxemburgo —miembro del ala izquierda del partido socialdemócrata alemán y al mismo tiempo de la sección polaca de la socialdemocracia rusa— comienza a plantear su hipótesis de que la crisis revolucionaria se producirá en relación a la guerra imperialista, desarrollo natural de la política y la economía de las grandes potencias.

La revolución rusa de 1905 —cuyos éxitos inducen a una breve temporada a la socialdemocracia alemana a incluir la posibilidad de la huelga general revolucionaria en su programa— y la inminencia de guerra imperialista, que se preparaba abiertamente en toda Europa, determinan un punto de flexión en la lucha teórica del movimiento socialista: en los sucesivos congresos de la Segunda Internacional el debate se centrará en las posiciones frente a la guerra imperialista o, más precisamente, frente a la relación entre revolución proletaria y guerra imperialista. En la lucha interburguesa se combinan los últimos combates contra el antiguo régimen con los primeros de la guerra interimperialista.

En 1907, Lenin y Luxemburgo logran incluir, luego de intensas polémicas y con leves modificaciones, el artículo final de la declaración del Congreso de Stuttgart según la cual:

“Si existe la amenaza de que estalle la guerra, es deber de la clase obrera en los países afectados, y deber también de sus representantes parlamentarios, hacer toda clase de esfuerzos para evitar la guerra por los procedimientos que le parezcan apropiados, procedimientos que naturalmente varían y se desarrollan con arreglo a la intensidad de la lucha de clases y a la situación política general.

Si a pesar de todo estalla la guerra, es su deber intervenir a fin de ponerle término en seguida, y con toda su fuerza utilizar la crisis económica y política causada por la guerra para agitar los estratos más profundos del pueblo y precipitar la caída de la dominación capitalista”.⁶

La posición frente a la guerra entre naciones y la posición frente a la burguesía de cada país, cuestiones que hasta los primeros años del siglo XX habían sido consideradas como aspectos separados, se proponía ahora como un único problema: la actitud revolucionaria frente a la crisis de la dominación capitalista.

Esta nueva forma de planteo, aparecía, al mismo tiempo, como el principio de solución al problema de la oportunidad revolucionaria. El esquema del enfrentamiento bipolar es abandonado y **resurge un modelo tripartito**, como el vigente hasta la época de la Comuna pero, ahora, la crisis esperada no devendría en un enfrentamiento entre burguesía y antiguo régimen, sino de una guerra entre la burguesía imperialista de diversas naciones.

En realidad, **en 1871 el proceso revolucionario ya había respondido a un modelo de ese tipo**, donde la secuencia de la revolución burguesa–revolución proletaria se produce en un contexto de la situación de guerra entre naciones. El modelo se había verificado con la guerra ruso–japonesa, cuando en medio de continuas derrotas del imperio

⁶ G.D. Cole: “**Historia del pensamiento socialista**”.

zarista eclosiona la revolución de 1905. Sin embargo, sólo a partir de 1914, se crean las bases para la formulación completa de relaciones las condiciones de la revolución proletaria con la situación de guerra imperialista: esta teoría volverá a ser confirmada con la revolución de 1917 en Rusia, más tarde en Alemania y Hungría.

La teoría del imperialismo, la propia situación de la lucha de clases y las tradiciones políticas de las masas rusas permiten a Lenin leer la experiencia de la Comuna y las posiciones de Marx y Engels respecto a ella, con otra perspectiva.

Pero, en 1871, el capitalismo encontraba el límite entre dos épocas: el imperialismo moderno libraba apenas las primeras batallas para lograr su constitución y todavía no se había formulado una teoría que diera cuenta de los nuevos fenómenos sociales de esta última fase del capitalismo, de su carácter necesariamente expansivo y agresivo.

Las nuevas condiciones revolucionarias, que se hacían presentes embionariamente, eran todavía conceptualizadas en términos de las antiguas, con las cuales aparecían entremezcladas en la realidad.

Los problemas no resueltos respecto a la Comuna generan un desvío teórico que terminará por constituir el discurso reformista. Solo hacia 1900 y con referencia a Rusia, donde las nuevas y las antiguas condiciones de la revolución vuelven a combinarse de manera explosiva, se ha realizado la acumulación histórica-teórica que permite actualizar la teoría clásica de la revolución proletaria del siglo XIX y retomar el proceso de su desarrollo.